

PRIMERA PARTE

SECUENCIA 1.

(En un costado del escenario, Francisco Solano López, joven, se está vistiendo cuidadosamente frente a un espejo. A su lado, un Amigo lo observa con un dejo levemente irónico).

Amigo.- No insistas en imitar a los elegantes. Aunque gastes fortunas en ponerte sus mismas ropas, aquí en París sigues siendo lo que eres: un sudamericano. No puedes disimular el cocotero. ¿Pero cómo no ves que justamente allí está tu carta de triunfo en nuestros salones?: con un papagayo al hombro, verás a las más bellas caer rendidas a tus pies. ¡ Ah quién estuviera en tu lugar! ¡representar a la mayor potencia sudamericana de la hora, la República del Uruguay!

López (corrigiéndolo con displicencia) ... del Paraguay.

Amigo.- ¿Pero es que algo las diferencia? (Observándolo) ¿Cuánto tiempo permanecerás en París?

López (Sin dejar de arreglarse).- ¿Cómo saberlo? Debo contratar a técnicos franceses para varias obras públicas que interesan a mi gobierno.

Amigo.- A tu padre, querrás decir.

López (Imitándolo).- ¿Pero es que algo los diferencia?

Amigo.- Hazme caso: no regreses a la barbarie paterna. Convéncete: los países de tu vecindario terminarán franceses, como tiene que ser. Ya piensan y lloran y danzan en francés; pero ya se sabe que atrás de las mazurcas van los capitales, y atrás de los capitales las bayonetas. Así que hazte francés aquí, antes de llegar tarde y tener que serlo después deslucidamente allá.

(López observa con exagerada minucia el lazo de la corbata. Su amigo sonrío).

Amigo.- Tanto detallismo indica cacería. ¿Cuál será tu presa? Cualquiera lo adivina: la de todo París.

(Entra por el extremo contrario del escenario Elisa Lynch, seguida de su Acompañante, una señora bastante mayor, que le va arreglando el vestido sobre la marcha. Elisa se detiene frente a un espejo, en posición simétrica a la de López. Comienza a arreglarse. La señora le habla alborotadamente).

Acompañante.- Ha llegado otro magnífico bouquet de flores.

Elisa (Sin prestar demasiada atención). ¿Quién lo envía?

Acompañante.- Se caerá de espaldas: D'Artan, el poderoso banquero. Pide, naturalmente, una entrevista.

Elisa (Ajena).- ¿Te has acordado de la magnolia? Quiero que me sirva de emblema.

Acompañante.- De la magnolia, de la diadema y del collar preferido. ¿ Pero qué le contesto al señor potentado?

Elisa.- Envíale unas líneas de gratitud.

Acompañante.- ¿Y ninguna esperanza?

Elisa.- Que insista, como es su deber.

Acompañante.- ¿Y al Ministro, que no pasa un día sin mandarle una esquila suplicante?

Elisa.- ¡Basta ya! Me harta este remolino, este vértigo...

Acompañante.- Esta noche, usted tendrá el privilegio de escuchar al húngaro famoso que está volviendo loco a todo París. Lo tendrá a unos metros de distancia. Lo que quiere decir que él se enamorará perdidamente de usted. Un romance con Franz Liszt le vendrá como anillo al dedo.

Elisa.- Bien sabes que tengo pésimo oído musical.

Acompañante.- Debiera afinarlo. En su carrera meteórica, este Franz Liszt sería una condecoración. (Observándola) ¿O tiene otras miras para esta noche?

Elisa.- Ese es un secreto profesional. (Poniéndose seria) Pero París me divierte cada menos.

(Sigue ocupada con su arreglo, mientras en el otro extremo del escenario hablan López y su Amigo).

Amigo.- En la ópera, cuando aparecen cada una en su palco, cada vez menos se mira a la Montijo, cada vez más a esta muchacha. ¿Pero cómo adivinar lo que pasa por la cabeza de una chica de 17 años, y encima irlandesa? Se le ocurrió casarse a los 15 años y tuvo el poco tino de elegir nada menos que a un cirujano, fíjate, y para peor de apellido impronunciable: Monsieur Quatrefages. Que para colmo se tomó a pecho su horrenda profesión y se marchó a ejercerla al norte de Africa. Como era inevitable, la irlandesita no aguantó mucho tiempo entre bereberes y camellos, así que abandonó a su abnegado esposo y se vino a París, lo que la reinvidica de su tontería matrimonial. Y así quedó casada, pero suelta. (Mira a López, burlón) ¿Te parece que accederá a cambiar la bosta de camello por la demonos titís...?

(López ha completado su arreglo. Su Amigo lo inspecciona admirativamente de arriba a abajo).

Amigo.- ¡Increíble transformación del aborigen! ¡No habrá quién detenga la ofensiva del ejército uruguayo!

(En el otro extremo, la Acompañante pone en manos de Elisa una soberbia magnolia, que ella coloca en el vestido.)

Acompañante (Contemplando con rendida admiración a su señora) ; Deslumbrante!... Cualquiera sea el blanco al que apunten hoy sus baterías, se saldrá con la suya!

(Entra música de piano, tema romántico. La Acompañante y el Amigo salen de escena. Elisa se muestra atraída por la música. Se empina para mirar hacia donde se supone está el pianista. Desde el otro costado, López enciende un cigarro y se sienta confortablemente en un sillón. Observa atentamente a Elisa).

López.- Perfectamente calculado el emplazamiento de la magnolia. Pero no se lo aconsejo: las flores hacen estornudar interminablemente a Franz Liszt. Verá usted cómo se le desbarata lastimosamente su melena de león húngarico.

Elisa.- (Volviéndose hacia él con fingida frialdad). Lamento. Ignoro quién es usted.

López.- El embuste no le sienta. Me consta que usted ha averiguado tanto de mí como yo de usted.

Elisa.- Tendré que pensar que ha montado una red de espionaje a mi alrededor.

López.- Por supuesto. Es un tic profesional de todo el que ejerce alguna forma de gobierno.

Elisa.- ¿Y qué le han dicho de mí sus espías?

López.- Lo suficiente para adorarla aún antes de tenerla en mis brazos, como es inevitable.

Elisa.- (Agradada) Su ingenio de seductor es "casi" parisién. Sorprendente, teniendo en cuenta su exótico origen.

López.- No soy más que un rendido mandril que se ha escapado de su jaula remota para venir a echarse a sus pies. (Se miran con agrado).

Elisa.- No sé cómo hablarle. Nada conozco de su país. El taparrabos no es mi fuerte.

López.- Yo poco sé de Irlanda. Pero dudo que ese sitio sea digno de tener una hija tan parisién.

Elisa.- ¿También se ama a París desde la selva? Ah, yo la adoro. Mi madre carnal es Irlanda, pero mi madre del alma es París.

López.- No se haga ilusiones: lejos de nuestras madres no somos más que huérfanos. Lo más sensato es que nos demos las manos como hacen los huerfanitos en los cuentos infantiles.

(Le tiende la mano. Entra música bailable. Ambos se enlazan y bailan arrobadamente. Elisa ríe, contenta).

López.- Estoy acostumbrado a tratar con mujeres que ríen cuando yo se los ordeno. Pero usted desconoce mis dictados. Es un buen comienzo... aunque riesgoso.

Elisa.- No lo tome a mal, Francisco. Es que adoro las experiencias bárbaras.

López.- Tanpoco la he autorizado a llamarme Francisco. Tengo grado

militar. Soy el coronel López. El ejército paraguayo no le perdonaría tanta informalidad.

Elisa.- No volveré a escandalizar sus entorchados, mi coronel.

(Redoblan, riendo, el entusiasmo del baile. Luego, la música se va disipando. Dejan de bailar y van a sentarse. Deberá marcarse -tal vez con luces- una cierta transición de tiempo).

López.- A la muerte de mi padre, yo seré el Presidente del Paraguay. Nadie se atreverá a cuestionar mi derecho.

Elisa.- El poder... ¿No cree que emponzoña lo mejor que tiene el hombre?

López.- Jamás admití en mi mente otro destino.

Elisa.- (Meditativa) Quizás el poder de un hombre solo acarrea la desdicha de los más...

López.- Mi país la desmiente. Dos hombres, dos benefactores, han hecho la felicidad de los paraguayos: primero, Gaspar Rodríguez de Francia, y tras de él, mi padre. Yo seré el continuador. Pero llegaré mas lejos que ellos, porque yo tuve la fortuna de esta visita a Francia: sus lecciones no se me borrarán.

Elisa.- Sólo le falta un encuentro directo con el Emperador.

López.- ¿Con el Emperador? No parece muy fácil.

Elisa.- Sé como introducirlo en su presencia.

López.- Venero desde siempre a Napoleón, héroe entre los héroes. Pero me sería muy grato conocer también a Napoleón III.

Elisa.- Pues prepárese para ser recibido en audiencia en los próximos días.

López.- Se ganará mi gratitud y la de mi gobierno.

Elisa.- No es su gobierno el que me mueve a ofrecerle mis buenos oficios...

(Quedan mirándose a los ojos, sonrientes. Deberá marcarse una nueva transición de tiempo. Crece el clima de encantamiento).

López (En un susurro).- Uno pisa desde niño una tierra roja y fértil. Su fragancia ya no se borra más.

Elisa.- En mi niñez recorría valles que sigo buscando y que nunca más encontré. A lo mejor los soñaba.

López.- ...árboles potentes, catedrales de hojas, y uno se ahoga debajo.

Elisa.- ...flores de tilo en mi casa paterna, invadiendo cada año.

(López, suavemente, la toma de los hombros y le habla con enorme

ternura).

López.- Corren las semanas y ya no sé vivir alejado de usted.

Elisa.- A veces le temo a París. Pienso que me impide ser la que soy.

López.- Algo ha cambiado en el mundo desde que nos conocimos.

Elisa.- Cualquier presencia parece una intrusión.

López.- Debemos alejarnos. Busquemos un sitio fuera del planeta. Que nadie sepa de nosotros.

(Se estrechan amorosamente; se besan, cada vez más apasionadamente. Nueva transición. Ahora se los ve distendidos, felices).

López.- Un delicioso cataclismo. Bastó una semana lejos de París, y ya nada está en su sitio.

Elisa.- ¿Qué será de nosotros, ahora? Ya nada queda en pie de la que fui.

López (Sonriendo).- Ahora hacer la historia me parece cosa de niños.

Elisa (Con leve tristeza).- Pero yo quedaré fuera de ese juego.

(Quedan mirándose con hondura. Transición. López parece ahora activo y resuelto).

López.- Prohibido decirme que no. Acabo de recibir un despacho de Asunción. Debo viajar a Italia y España. Acaricio la idea de que me acompañes.

Elisa.- Qué tentación... pero no es posible. Mal que me pese, sigo siendo la señora del doctor Quatrefages. Yo afrontaría el escándalo, pero tú no puedes perjudicar tu buen nombre. Después de todo, no soy otra cosa que una adúltera.

López.- Pareces un eco de mi hermano Benigno. Se preocupa demasiado por la opinión de mi padre. Pero hay una única verdad: tú eres mi mujer, con o sin leyes.

Elisa.- Hay un sólo límite: no apartarte del destino que te aguarda en tu país. Eso antes que todo.

López.- Escúchame, Elisa: cuando vuelva de este viaje, será la hora de embarcarme para mi tierra. Pero sábelo bien: no regresaré si no es contigo.

(Sale López con paso firme. Elisa queda un largo momento sola. Parece luchar con sus pensamientos. Entra Acompañante).

Acompañante.- Parece que la decisión no es fácil...

Elisa.- Ya está tomada.

Acompañante.- Ha perdido el juicio, señora.

Elisa.- Me lo digo a cada momento.

Acompañante.- Tiene a París a sus pies. ¿Qué la deslumbra? ¿Ejercer el

poder en una selva bárbara? ¿De qué le valdrá? En aquel país no será más que un escándalo. Jamás podrá casarse. Será una más en la corte del gran señor. ¿O no conoce lo que todos saben? Dejó allí dos mujeres que ofician de concubinas, y decenas más que...

Elisa.- No me interesan tus crónicas galantes... que conozco tan bien como tú. Comenzarás de inmediato los preparativos.

Acompañante.- ¿Cuándo se embarca?

Elisa.- Cuando él me lo indique.

Acompañante.- Si hasta el poder de decisión ha perdido...

Elisa.- No incluirás en mi ajuar los vestidos demasiado ostentosos o atrevidos. Pero tendrás cuidado de que todos los que lleve me sean envidiados. (Pausa) En cuanto a la magnolia... la dejaremos acá. Representa un mundo que ya no es el mío.

Acompañante.- ¡Que un orangután la haya trastornado! Está marchando hacia su perdición.

Elisa.- A veces es difícil distinguir la perdición de la gloria. Se parecen demasiado. (Sonríe levemente) Además... creo que no te lo dije: voy a tener un hijo del orangután. Quiero que nazca en su jungla, no en la mía.

(Fin de la Secuencia 1. El pasaje de una secuencia a la siguiente se hará a la vista del público y se marcará mediante cambios apropiados de luces, elementos sonoros o musicales y la actitud de los actores que, según lo pida la acción, se cambiarán con naturalidad sus ropas o la ubicación de los muebles y elementos de utilería).

SECUENCIA 2.

(Elisa cambia su ropa de fiesta por un traje sobrio y práctico. También lo hace López, que aparecerá en esta escena vestido sin ninguna ostentación. Al reiniciarse la acción, Elisa se pasea de un lado a otro con evidente enojo, mientras López la escucha pacientemente).

Elisa.- Se empeñan en humillarme. Un año en Asunción no ha servido de nada. Sólo recibo desaires de las señoras copetudas.

López (Con suavidad).- Te reprochan ser la mujer más bella que ha conocido jamás el Paraguay; te reprochan que, siéndolo, no hayas nacido aquí; te reprochan que yo te ame locamente. ¿Te parece poca cosa?

Elisa.- ...y no estar casada legalmente contigo, y que hayamos tenido un hijo por detrás de la iglesia. ¡Cuántos atentados a la sacrosanta moral paraguaya!

López.- Herencia colonial, mi querida. No en vano ha pasado por acá la beatería española.

Elisa.- ¡Santonas hipócritas! Pero no cejaré hasta verlas inclinadas ante mí, besándome la mano.

López.- Lo conseguiremos, Elisa. Deja que sea yo gobierno.

Elisa.- No puedo esperar a que tu padre se resuelva a morirse para bautizar a nuestro hijo. Accedí a quedarme en Buenos Aires hasta tenerlo, pero quiero que se lo bautice en este país. ¡Nada fácil, no! : ¡el hijo de una adúltera!

López.- El padre Maíz me ha prometido su mejor voluntad. Por algo ha sido el preceptor de mi infancia. Muy pronto me comunicará la decisión de la Iglesia.

Elisa.- (Yendo dolida hacia él) Quiero que me entiendas, Francisco. Me aterra que haya algo que pudiera empañar nuestro amor.

López.- ¿Nuestro amor?... Lo creía invulnerable.

Elisa.- Nada que nos desuna. ¡Ni una fisura!

López.- No la habrá.

(Se marca una breve transición de tiempo. López va hasta un costado, recoge un par de espadas y vuelve junto a Elisa. Le ofrece una con solemnidad).

López.- No entiendo tu empeño por perfeccionar tanto tu arte de la defensa.

Elisa.- ¿Por qué no del ataque?

López.- No es con espadas que te atacarán.

Elisa.- Pero con una espada bien afilada podré cortar lenguas demasiado sueltas. (Se cuadra ante López) ¡En guardia! Tú eres un esgrimista de priera. No descansaré hasta igualarte.

(Acomete contra él y comienzan un combate movido. De tanto en tanto van cambiando las frases que siguen).

López.- Vivo aterrado temiendo que quieras regresar a lo que dejaste. Es mi pesadilla.

Elisa.- Sabes que no soy de volver atrás.

López.- París es demasiado rival para cualquiera.

Elisa.- Quizás odie a tu Paraguay, pero estoy decidida a doblegarlo.

López.- No podrá resistir tus acometidas.

Elisa.- Será una batalla más dura que ésta.

(Se lanza a fondo contra López, que la contiene apenas).

López.- Eres puro fuego. ¡Ay del que se atreva a hacerte frente!

(Dan por terminado el asalto. Sonríen satisfechos. López va a guardar

las espadas).

Elisa (Como para sí).- ¡Ay del que se interponga entre nosotros!...

(Se marca una transición de tiempo. Elisa se ve sombría).

Elisa.- Creo que estamos esperando un segundo hijo.

López.- ¿De veras?... ¡Ah, Dios te bendiga! (Va a besarla, pero ella parece esquiva).

Elisa.- ¿Te ha dado alguna respuesta el tal padre Maíz? Hace semanas que evita encontrarse con nosotros.

López.- (Esquivo) A veces pienso que mi querido preceptor no merece la posición que la Iglesia le ha dado.

Elisa.- Se ha negado, quieres decir.

López.- Está dispuesto a bautizar a nuestro hijo acá en tu casa, pero no en una iglesia. Alega que la religión se lo prohíbe.

Elisa.- ¿En mi casa? ¡Jamás! Sería dejar marcado a nuestro hijo para siempre. Y Panchito está llamado a sucederte. No lo permitiré.

López.- Comprende que no es éste el momento de provocar un choque frontal con la Iglesia.

Elisa.- ¿Cuándo lo será? ¿Cuando tu padre haya muerto y el poder sea tuyo? Será demasiado tarde para nuestro hijo. Tiene que ser ahora. Encuentra tú algún recurso.

López.- No hay ninguno legal.

Elisa.- ¡Pues invéntalo! (Pausa tensa) Tendrá que aparecer algún cura al que puedas convencer... u obligar.

López.- ¿Contra los dictados de su Iglesia?

Elisa.- ¡Contra lo que sea! (Pausa) Entiéndelo: todo Paraguay debe saber desde ahora, ya, que tú no admities ningún poder por encima de ti. (Mirándolo imperativamente) Dices que Napoleón es tu modelo. ¿Viste alguna vez a Napoleón bajar la cabeza ante algo? ¡Hasta la Iglesia se prostró a sus pies!

(Silencio cargado. Elisa va hacia López y le habla con suavidad).

Elisa.- He sabido de una iglesita insignificante que hay en las afueras de Asunción. Dicen que su párroco es un hombre sin ningún carácter. ¿Por qué no lo mandas llamar?...

López.- No me gustan los hombres sin ningún carácter. Es fácil que te sirvan, pero más fácil que te abandonen.

Elisa.- Te prometo saber retenerlo mientras nos sea útil. ¡Anda! Búscalo ya.

(Transición de tiempo. Ahora Elisa sonríe complacida. Le tiende las manos).

Elisa.- Ven... Quiero mostrarte lo que me ha llegado de París. Será la envidia de toda Asunción. (Le va mostrando) Porcelanas de Sevres... gobelinos... alfombras persas...

López.- Tu casa será un retazo de París...

Elisa.- No quiero que sea la casa de una mantenida de lujo. ¡Que sea el hogar honorable de Madame Lynch! ¿Y sabes qué he pensado?: la convertiré en un verdadero salón parisién. Hay en Asunción músicos estimables, algunos poetas de valor. Haremos recitales. Mi casa será un centro de vida artística como no se conoce aquí. (Entusiasmándose) Tendré la mejor biblioteca del Paraguay. Me haré traer los últimos libros que se publiquen en Europa. Pero no sólo eso: he visto que la alta sociedad de Asunción baila los mismos lanceros y chotis que en París. No quiero eso para mi salón: ¡aquí bailaremos danzas paraguayas! Me recomendarás al mejor maestro para que me las enseñe. (Sonríe, contenta) Y en cuanto a ti, serás en mi casa un invitado más. ¡Yo sola haré los honores de la casa! (Poniéndose seria) Lo verás: toda la sociedad asunceña terminará pasando por esa puerta...

(Transición de tiempo. López está ceñudo y silencioso. Elisa lo observa desde un sillón).

Elisa.- ¿Por qué tienes esa cara? La hora de tu ascensión ya está aquí. Tu pobre padre, según dicen...

López.- Son fuertes los que se oponen a que yo lo suceda.

Elisa.- ¿Tu hermano Benigno...?

López.- Sí, él, nada menos! La gente poderosa lo respeta y lo escucha.

Elisa.- Y es ambicioso. Quiere la presidencia para él.

López.- Tendré que estar muy alerta. (Pausa) Pero al menos te traje una buena noticia: conocí a ese curita de las afueras de Asunción. Es un pastor descarriado, una verdadera vergüenza. Un borracho sin voluntad.

Elisa (Exaltándose).- ¿Dio su asentimiento, quieres decir?

López.- Como buen guiñapo, fue incapaz de oponerse a las exigencias... algo bruscas... de quien pronto ocupará la presidencia del país. Pero francamente, Elisa: no creo que la elección nos favorezca.

Elisa.- (Complacida) Lo haremos cambiar en poco tiempo. Verás cómo se vuelve sobrio, pulcro, y hasta se revestirá de una dignidad desconocida... Me siento capaz de hacer milagros.

López.- Y en cuanto a las autoridades de la Iglesia... y a mi propio preceptor, al que tanto quise...

Elisa.- Tú sabrás qué hacer cuando llegue el momento. (Lo contempla con atención) Creo que es la hora que estuve esperando para darte una sorpresa. ¿Ves este anillo?... Póntelo en tu mano y no te lo quites nunca: perteneció a tu héroe, a Napoleón mismo. Es una reliquia en poder de mi familia. Nadie más digno que tú de llevarlo: tú, que serás

Napoleón de estos mundos

(Le coloca el anillo solemnemente. Emoción de López. Poco después, se oye un doblar funeral de campanas. Ambos se miran emocionados).

López.- Todo se ha consumado.

(Elisa ayuda a López a ponerse una chaqueta militar enlutada. López se dispone a partir).

Elisa.- No bien terminen las exequias debes actuar. Serán momentos inciertos. Exige que se reúna de inmediato la Asamblea. Lleva tus regimientos a las puertas del Congreso. No los retires hasta que te hayan proclamado Presidente. (Lo abraza con grave emoción).

López.- No es justo que no pueda tenerte a mi lado en un momento así.

Elisa.- ¿Qué importa lo justo? Importa lo necesario.

(Sale López. Elisa queda expectante. Al fin, oye cómo las campanas se echan a vuelo. Se escuchan exclamaciones: "¡Viva el Presidente Francisco Solano López!" Elisa las oye con la cabeza en alto, en gesto orgulloso y altivo).

(Final de la Secuencia 2).

SECUENCIA 3

(Está Elisa en escena. Entra la Acompañante, visiblemente malhumorada).

Acompañante.- Vengo a comunicarle una decisión irrevocable que acabo de tomar: me vuelvo a París.

Elisa (Levemente divertida).- Debe ser el quinto o sexto regreso que me anuncias en los tres años que llevamos en Asunción... ¿Y éste a qué se debe?

Acompañante.- A que ya no puedo saber quién es usted. Allá en París su posición era respetable: una señorita de bien que, como tal, buscaba convertirse en mantenida de un hombre pudiente. En cambio aquí... Por lo pronto, ha empezado a llenarse de hijos. ¡Tandas de paraguayitos! ¡Una mujer instruida como usted! Pero tampoco consiguió convertirse siquiera en la querida oficial del Presidente; posición respetable que, sin embargo, prefirió cederle a otras que... ¡pero cállate, lengua!... ¡Y menos mal que evitó ser una esposa, lo que ya sería una indignidad! Pero entonces ¿qué es usted? ¡Nadie lo sabe! ¡Y no hablemos de los

temas de conversación! ¡Todos indecorosos!: que pañales, que biberones; ¡o peor todavía: que el ejército, que las importaciones, que las vías férreas, y qué sé yo qué disparates más! ¡Jamás chismes picantes, como en París! ¡Si esta casa, más que una casa parece un gabinete ministerial!

Elisa (Disimulando su diversión) Eso es falso: bien que me cuido de intervenir en los asuntos de Estado.

Acompañante.- ¿Usted? ¡No me haga reír! ¡Si les da lecciones a todos los ministros del Presidente juntos! Parece una enciclopedia andante, perorando de esto y de aquello. ¿Dónde aprendió todo eso, mujer, quiere decirme? Al lado mío no, bien seguro. ¡Y todo porque se arrimó a un hombre de Estado! ¿Y si se hubiera juntado con un barítono? ¿o con un sacamuelas?... Ahora es usted la mujer más poderosa del Paraguay: ¿no era eso lo que quería? ¡Pues entonces volvamos a la civilización! Sí, ya sé: a usted no hay quien la mueva de esta selva.

Elisa.- ¿Y cuando piensas hacer el viaje?

Acompañante.- ¡Mañana, por supuesto! O esta noche, si pudiera.

Elisa.- El próximo barco para Buenos Aires sale dentro de veinte días. Tendrás su pasaje en él.

Acompañante.- ¡Veinte días! ¡Como si se pudieran mantener resoluciones firmes por tanto tiempo!... ¡Pero me iré! Mi dignidad me impide ser la fiel servidora de una mujer que nadie sabe si existe. Y justamente (mirando hacia afuera): aquí llega... ¿quién? ¿su amante? ¿su protector? ¿su dueño? ¿su superior jerárquico? ¡Si ni siquiera sé en qué calidad saludarlo!

(Entra López. La Acompañante le hace una serie de saludos indecisos, ante la diversión de Elisa. Finalmente sale).

López.- Podemos estar contentos, Elisa querida: mi gobierno avanza viento en popa. Los castigos a los acaparadores produjeron excelente impresión. Y mis proyectos de obras públicas. Y en cuanto a mi política exterior... (Se echa a reír) ¿Sabes, Elisa? Los espías argentinos y brasileños han empezado a ocuparse de ti.

Elisa.- ¿De mí?... ¿Y qué pueden decir de mí estos señores espías? ¿Que soy mala cocinera? ¿Qué llevo torpemente los asuntos de mi casa? ¿Qué amo al señor Presidente hasta la desmesura? En nada de esto mentirán.

López.- Dicen que eres el poder detrás del trono. Hasta indagan tus orígenes familiares. Han descubierto con alarma que un tío abuelo tuyo fue ministro en Irlanda.

Elisa.- Creo que duró tres meses en el cargo. También tuve tíos clérigos, eruditos, marinos y no sé cuántos jueces. ¿Pero a qué viene tanta preocupación con mi parentela?

López.- Es que Brasil y Argentina están inquietos. Los asusta mi idea de hacer de la América española un único país para enfrentar a la América portuguesa.

Elisa.- Por eso hay que impedir que Argentina y Brasil se unan por miedo a ti.

López.- Mi diplomacia se las ingeniará para dividirlos. ¡Ah, me temen,

sí! Por algo somos la mayor potencia militar de la región.

Elisa.- (Pensativa) Sin embargo mi olfato me dicta que habrá guerra. No hay forma de evitarla. Has crecido demasiado.

López.- Sea. Se me abrirán las puertas del Plata. Todo el sur quedará bajo mi puño.

Elisa.- ¡Ah, que sus espías no conozcan esos planes!

López.- Los saben de memoria. De nada les valdrá. (Alegre) Y para empezar a despistarlos, ahora mismo voy a hacer preparar informes falsos. (López besa contento a Elisa y sale).

(Elisa queda pensativa. Aparece en silencio el Cura. Su aspecto es lastimoso, desaseado, aunque no está borracho. Viste una sotana raída y mugrienta).

Elisa (Observándolo con disgusto) ¿No habíamos quedado en que se cambiaría esos andrajos, en que pondría presentable esa cara? (El Cura la escucha bajando la cabeza) Usted no acaba de entender, señor Cura. Yo le debo gratitud por haber accedido a bautizar a mis hijos, y por eso cuenta con la protección del señor Presidente... y la mía. Pero usted tiene que correspondernos. ¿No comprendió todavía que usted es ahora otro hombre?

Cura.- Al menos noto que alguna gente me ha empezado a tratar con algún respeto...

Elisa.- Es que Dios, inexplicablemente, ha puesto un dedo sobre una piltrafa como usted, que lo merecía menos que nadie. ¿Cómo no lo entiende?

Cura.- Dios... ¿Por qué iba a reparar en mí? Nunca nos llevamos bien. Me aburre su cháchara.

Elisa.- Sin embargo, usted nunca dejó de usar sotana. Y supo mantener a su iglesita en pie, aunque se estuviera cayendo a pedazos.

Cura.- ¡Ese sí que fue un milagro! Porque todos los donativos que me llegaban para restaurarla... ¡me los bebía!

Elisa.- Ahora ha cambiado el viento para usted, simplemente. (Como reflexionando para sí) Un día Dios señala a alguien, dispone que sus actos se vuelvan otros y todo se transforma como por encanto. ¿Lo hace por nuestro bien o ha decidido perdernos?... Nunca lo sabremos. Pero tenemos que ser dóciles, dejarnos llevar sin preguntarle nada...

Cura.-¿Y qué pretende de mí ese extraño Dios?

Elisa.- Que cambie. Yo le mandé cambiar su iglesita, la puse presentable para el bautismo de mis hijos. Ahora le exijo que haga usted lo mismo. Voy a anunciarle algo: el templo a su cargo está llamado a un destino nuevo. Iré cada domingo a escuchar misa allí. Eso quiere decir que será el más encumbrado de Asunción. Y usted dirá esa misa: lo que significa que usted también será encumbrado.

Cura.- Me pide usted un imposible. Mi mente, por culpa del mucho beber, ya es incapaz de hilar nada.

Elisa.- Se sorprenderá usted mismo cuando descubra cuántas capacidades guarda todavía su mente. (Mirándolo con gesto severo) Dejará de beber. Repasará la santa misa. No quiero una falla, un traspiés.

Cura.- Pero mi querida señora...

Elisa.- ¿Alguna autoridad de la Iglesia le ha echado en cara alguna vez haber accedido a bautizar a mis hijos?

Cura.- Nunca, señora.

Elisa.- Son prudentes. No se atreven. Escuche bien: si lo llegaran a citar, usted no acuda. Me lo comunica de inmediato.

Cura (Irónico).- Le hago notar que si Dios ha decidido reencauzarme en la religión, vuelvo a deberle obediencia completa a mis autoridades eclesiásticas...

Elisa.- Quizás no lo sean por mucho tiempo más. Necesitamos prelados patriotas. (Lo mira con autoridad) Ahora le ruego que me adelante su mano.

Cura (Confuso).- No entiendo, señora...

Elisa.- Su mano. Debo besársela.

Cura.- ¿Besármela?... ¡Yo no soy ninguna autoridad!

Elisa.- ¿Cómo lo sabe?

Cura.- ¡Es ridículo! Sería una payasada que...

Elisa.- Decididamente, usted no entiende al mundo. ¡Nada es payasada, todo es payasada! Solo nosotros ponemos o sacamos al payaso de dentro de los actos, que en sí mismos nada encierran. (Imperativa) ¡Se lo exijo: su mano!

(Luego de mil vacilaciones, el Cura adelanta su mano. Elisa se la besa con unción).

Elisa.- Y entiéndalo de una buena vez: Dios... y el Paraguay necesitan una Iglesia nueva. Le ruego que medite sobre este hecho, al que usted no quedará ajeno.

(Elisa despide con un gesto al Cura, que sale confundido).

(Final de la Secuencia 3).

SECUENCIA 4

(Elisa está en pantalones de montar. Está probando una fusta en su mano. Entra López).

López (Observándola con afecto).- Es raro el día que no sales a cabalgar por las afueras de Asunción. No es extraño que la gente te llame La Amazona.

Elisa.- Necesito respirar cada día el vaho de esta tierra. Muchas cosas de nuestro país se me escapan todavía.

López (Sonriendo complacido).- Primera vez que te oigo decir "nuestro país"...

Elisa.- Es el tuyo; es el de nuestros hijos. Por lo tanto, es más mío que el mío.

López.- ¡Hay que ver cómo aumenta tu popularidad día tras día! La gente te agradece que bailes nuestras danzas, y dicen que las bailas como nadie.

Elisa.- Al menos las he puesto de moda en Asunción. ¡Es gracioso ver a nuestras grandes damas tratando de bailar como las campesinas!

López.- Todo el mundo se desvive por ser invitado a tu salón. ¡Una hermosa victoria tuya!

Elisa.- Sólo me falta doblegar a un puñado de las damas más recalcitrantes.

López.- Pero las buenas gentes te adoran. ¿Sabes cómo te han bautizado? "Madame Paraguay", nada menos.

Elisa.- No puede hacerme más feliz. (Contenta) Pero ahora pon mucha atención: en la reunión de mañana estrenaremos la nueva danza campesina que aprendimos. Y entonces competiremos tú y yo, a ver quién la baila mejor. Pero dije "tú y yo": nada de que saques a Juanita Pessoa o a ninguna otra... ¡o habrá un baño de sangre!

(Remata sus palabras con un golpe de zapateado muy resuelto).

(Se marca una transición de tiempo. Elisa lleva hasta el centro de la ewcena una silla y un bastidor de bordado. Se sienta y comienza en silencio su trabajo. López parece preocupado. Comienza a rondar a Elisa sin decirle nada. En un momento parece decidido a hablar, pero se arrepiente. Elisa lo vigila de reojo, intrigada).

Elisa.- Te lo previne: tu diplomacia no consiguió nada. La alianza de Argentina y Brasil va a consumarse. (López no contesta. Sigue rondándola) No creo que debieras perder más tiempo: ¿por qué no inicias tú las acciones? (López sigue en la misma actitud indecisa) La sorpresa puede ser decisiva, ¿no te parece?

López (Va hacia ella y le toma las manos).- Elisa, ¿tú estás segura de mi amor?

Elisa (Sorprendida).- ¿De mi amor?... ¿Y esa pregunta? Estábamos hablando de iniciar una guerra...

López.- Hemos pasado juntos años difíciles y hermoso. Sé que a mi lado no has sido todo lo dichosa que yo hubiera querido. Pero no he dejado de amarte un solo momento.

Elisa (Inquietándose).- ¿Pero se puede saber a qué viene este discurso?

López.- Te necesito a mi lado, Elisa. Nuestro cuarto hijo me ha colmado de felicidad y yo...

Elisa.- ¿Qué estás por decirme, Francisco?

López.- Me hace falta toda tu comprensión.

Elisa.- ¿Alguna vez te faltó?

López.- Pero nunca la necesité como ahora. (Hace una pausa) Elisa querida... He pensado que... Tengo una sola manera de separar a mis enemigos... y así evitar esta guerra...

Elisa.- Prosigue.

López.- ...por un medio que no es exactamente diplomático. (Calla)

Elisa.- Dime de una vez adónde quieres ir.

López.- Elisa mía: te pido que me escuches con serenidad. (Pausa expectante) El Emperador del Brasil tiene dos hijas... (Se detiene. Elisa se pone lentamente de pie). He recibido informes fidedignos de que el Emperador... si yo se lo propusiera... no vería con malos ojos que una de ellas... Isabel... ¡Es simplemente una razón de Estado, Elisa! Todo seguiría igual entre nosotros. Pero de ese modo, sin derramar una gota de sangre paraguaya, sin hacerle perder al país ríos de oro... (Se detiene)

(Sobreviene un silencio cargado. Elisa se pasea sin hablar. Al fin se vuelve con dureza hacia López).

Elisa.- ¡Razones de Estado! ¡Me hablas de razones de Estado! Por razones de Estado acepté ser tu mantenida, tu concubina, cuando debí exigirte ser tu esposa. Por razones de Estado vengo soportando cada día las humillaciones de tu familia y de la aristocracia de tu patria, que siempre se sintió con derecho a ofenderme. Por razones de Estado toleré a tu Pancha Garmendia y sigo soportando a Juanita Pessoa. ¡Si entenderé de razones de Estado!... Y quiero que lo sepas: es tanto lo que te quiero, que por otra razón de Estado aceptaría que te casaras con quien mejor te pareciera, si eso le sirviera a tu país!

López.- Elisa querida, yo quiero que tú...

Elisa.- (Interrumpiéndolo) ¡Pero tú me has hablado de hacerte dueño de toda la región, de fundar una América española! ¡Valiente América! No ganada por mano de guerrero, sino traficada en un lecho matrimonial. ¡Tú, un conquistador de almohada! ¡Tú, que llevas en tu mano el anillo de Napoleón! Tus soldados, no lo dudes, se dejarán matar por un guerrero que los guíe; jamás por un mercader que echa mano de sábanas para construir su grandeza. ¡Por primera vez siento vergüenza de ti! ¡Venir a descubrir que llevas en el pecho un corazón mezquino!...

López.- Elisa, te pido que me escuches...

Elisa.- Pero además, tu cálculo es pueril: ¿cómo puedes creer tan miope al Emperador del Brasil? ¡Mire si no se va a dar cuenta de que ese matrimonio lo convertiría en apéndice tuyo! No lo dudes: te rechazará la oferta, quedarás en ridículo, tu gesto será interpretado como debilidad y miedo de tu parte.

López.- Debo, entonces, arrastrar a la guerra a mi pueblo...?

Elisa.- ¡La guerra es inevitable! ¿Por qué no lo entiendes de una vez?

López (En retirada).- ¿Has pensado al menos que en caso de guerra tendremos que separarnos tú y yo?... Asunción puede volverse peligrosa para ti y nuestros hijos. Hay gente que no te quiere bien, yo estaré lejos para protegerte... Si algo de esto ocurre, te marcharás a Francia!

Elisa (Con calma).- Cuando estalle esa guerra, mi querido Francisco, yo estaré a tu lado. Sé cómo defenderme y defender a mis hijos. ¿Qué mujer tuya sería, si saliera huyendo?... Así que déjate de pensar en cosas que no sean esa guerra. Y trata de empezarla tú, no ellos.

(Va hacia él, le hace una caricia leve, pero pronto se estrechan en un abrazo intenso).

(Se marca una transición de tiempo. Sale López. Elisa queda un momento ensimismada. Luego va hasta un mueble próximo y recoge una pistola. La examina y manipula largamente).

Elisa.- Jamás manejé un arma... No conocí el menor riesgo... Sí, la guerra podría llegar un día hasta las puertas mismas de Asunción... ¿Y yo?... No he sido educada para la dureza. ¿Qué haré? ¿Cómo reaccionaré ese día? (Levanta el arma y apunta con cuidado) ¿Seré capaz de apretar el gatillo? ¿de destruir a un ser humano?... Ah, la mano me tiembla. Debo aprender a que esté firme.

(Aprieta lentamente el gatillo. El arma se dispara. Elisa queda con expresión aterrada, pero no da señales de flojera).

(Transición de tiempo. Elisa va a guardar el arma, recoge un diario y comienza a leerlo. Se la ve indignarse cada vez más).

Elisa (Hacia afuera).- ¡Francisco, esto es inaudito! ¡Hay que ver cómo nos agravia este diario argentino! ¡De la manera más soez! Un diario importante de la provincia de Corrientes.

López (Entrando) ¿Qué te sorprende? Argentinos y brasileños han desatado una campaña de calumnias contra Paraguay. Tratan de preparar a la opinión continental. ¡Me pintan como a un monstruo!

Elisa.- Pero esta vez también me toca a mí. (Sarcástica) Tal vez no lo sabías, pero tienes frente a ti al "genio maligno del Paraguay", ¡nada menos! (Lee) "La ex-prostituta francesa, educada en los más sucios burdeles de las afueras de París"... ¡Esto es inaudito! "Toda Asunción sabe que se escapa de su marido por las noches para revolcarse con los marineros de todas las naciones". ¡Es asqueante! "Llevó a la diplomacia la ética de su profesión de cortesana de lujo, valiéndose de su esposo mestizo, los dos encharcados en el fango de su degeneración sexual"... ¡Esto es intolerable! ¿No se les puede tapar la boca a estos insolentes?

López.- Les haré pagar caro estos agravios. En dos semanas me lanzaré contra territorio argentino. Arrasaré para empezar a la provincia de Misiones y...

Elisa.- ¡Una provincia casi desierta, sin el menor valor estratégico!... No, golpea donde más les duele, en las provincias ricas. Corrientes debe ser la primera, llave del Uruguay y del Plata, pasaje a Río Grande del Sur. ¡Y que pague su insolencia!

López.- ¿Sabes la noticia?: ahora son tres los países a atacarnos: se les ha sumado el Uruguay, del que me sentía tan cerca... Y detrás Inglaterra, azuzándolos, financiando sus gastos de guerra. Es que no me perdona que le haya cerrado las puertas de este país. Créeme, Elisa: mientras yo esté aquí, ningún extranjero prosperará en Paraguay a costa de nuestra gente!

Elisa.- ¿Cómo van a perdonarte un Paraguay hecho sólo por sus hijos, una gran potencia sin ayuda de nadie!

López.- Pero eso mismo nos hace más fuertes que ellos. ¡Así sean tres o tres mil los que quieran ponernos de rodillas, sabré hacerles frente con mi ejército! No lo dudes, Elisa: ¡los quebraré!

Elisa.- Ese lenguaje quería escucharte: ¡el del guerrero! (Se encamina hacia una mesita próxima) En un momento así, debemos brindar juntos. Por el Paraguay... y por nosotros.

(Preparan el brindis).

Elisa (Levantando la copa).- ¡Por el señor de medio continente!

López (Idem).- ¡Por la guerra victoriosa!

(Beben, emocionados).

Elisa (Como en aparte, sombría) La guerra que comienza...

(Final de la Primera Parte).

SEGUNDA PARTE

SECUENCIA 5

(Al reiniciarse la acción, podrá escucharse -si se desea- un fondo difuso de sonidos bélicos que sugieran el estado de guerra en que se halla el país.)

(Elisa aparece sentada en un sillón, con un porte de cierta majestuosidad. Entra el Cura. Está irreconocible: perfectamente limpio y acicalado, y con algún detalle en la vestimenta que haga pensar en cierto ascenso en su condición jerárquica. Saluda a Elisa con solemnidad).

Elisa.- Hable usted.

Cura.- Un sacerdote que no respeta el secreto de confesión, merece el castigo eterno. Pídale a Dios que me perdone, pero me debo a usted.

Elisa.- Se lo agradezco. ¿Qué ha sabido?

Cura.- Me duele decírselo: hay una conspiración en marcha.

Elisa.- ¡En un momento como éste! ¿Quiénes son?

Cura.- No son militares ni gente de pueblo. Están en las alturas.

Elisa.- Los grandes de siempre... ¿Nunca nos dejarán en paz?

Cura.- Se quejan de que la guerra dura más de lo previsto. Imaginaron una victoria rápida y no esta lucha encarnizada, que nos va costando tantos muertos.

Elisa.- Lo que les duele es que no pueden seguir lucrando como acostumbran. ¿Qué les importa el Paraguay!

Cura.- Le reprochan al señor Presidente...

Elisa (Corrigiéndolo).- ... al señor Mariscal Presidente...

Cura.- ...al señor Mariscal Presidente destrozar al pueblo paraguayo por pura megalomanía.

Elisa.- ¡Invocan al pueblo y no han hecho más que exprimirlo!

Cura.- Y han llegado muy lejos: preparan un atentado contra el señor Mariscal Presidente... o contra usted!

Elisa.- ¡Nombres! Necesito nombres.

Cura.- Se los daré a su tiempo. Cualquiera apresuramiento podría alertarlos.

Elisa.- Prepáreme un informe detallado.

Cura.- Se llevará más de una sorpresa...

Elisa.- ¿Familiares, quiere decir?

Cura.- Por desgracia. Verá figurar a don Benigno en lugar prominente.

Elisa.- ¿Pensando en matar a su hermano?

Cura.- La ambición no conoce barreras... Y ay, señora!: ni mi Iglesia está libre de culpas!... Hay prelados que... (Calla)

Elisa.- ¡Prosiga!

Cura.- ¡El mismísimo Padre Maíz, preceptor en la infancia del señor Mariscal Presidente...!

Elisa.- Lo sospechaba. ¿Y actúa en contacto con don Benigno?

Cura.- En contacto estrechísimo. La idea es que, una vez... eliminado el señor Mariscal Presidente, su hermano don Benigno empuñe el mando.

Elisa.- (Se pasea indignada) Tenemos que desbaratar esta conjura infame. Sus informaciones, Padre, me son invaluableles. Pero no me bastan. Necesito montar una red de informantes que me respondan directamente. En cuanto a usted, guárdeme el secreto y siga trabajando: sus servicios serán recompensados. (Como para sí) Las grandes familias que me odian, ahora conspiran... Será bueno, entonces, que dialogue con ellas.

Cura.- Irritarlas puede ser imprudente...

Elisa.- Al contrario: irritadas, descuidarán sus precauciones. Convocaré a mis queridas señoras para mañana por la noche. No se atreverán a faltar. "Conversaremos" en el teatro principal.

(El Cura saluda y se retira. Elisa queda ensimismada un momento, con gesto tenso y sombrío. Luego, con paso altivo, se dirige hacia primer plano y la habla a la platea. Su tono es entre irónico y amenazador).

Elisa.- Mujeres patriotas del Paraguay: cuando sonó la hora del peligro para la patria, toda la nación se levantó tras nuestro conductor, el Mariscal Presidente Francisco Solano López. Nadie ha flaqueado: los que luchan en el frente y los que quedamos en la retaguardia. A cada cual se nos pide sacrificios diferentes. Como es natural, a las clases principales se les reclaman los sacrificios mayores, porque en ellas se mira la nación entera: es preciso que den el ejemplo en esta hora aciaga que la patria ha debido afrontar.

(Hace una pausa para crear mayor expectativa) Toda guerra, por santa que sea, reclama gastos incontables. No es justo que todos los solventen las arcas del Estado, ya demasiado comprometida. Será indispensable que quienes puedan cooperar, lo hagan sin demora. Yo sé bien que las señoras aquí presentes se han preguntado muchas veces con angustia de qué modo podrían contribuir, por ser mujeres y por principales, a la victoria del Paraguay; y acaso no han sabido

responderse. Por eso el gobierno supremo sale al encuentro de tan patriótica desazón y ha venido a indicarles un camino para no quedar al margen de los esfuerzos comunes.

(Nueva pausa) Conociendo la generosidad que las caacteriza, se les pide que hagan donación, por supuesto que voluntaria, de una parte de las joyas de que son dueñas, que estará en relación con el patrimonio familiar. (Silencio. Sonríe levemente) Yo misma quiero dar el ejemplo: teniendo como testigo al Paraguay entero, hago donación ahora mismo, no de una parte, sino de la totalidad de mis alhajas. (Pasea su mirada sombría por toda la concurrencia). Debo informarles que en los próximos días, una Comisión del Gobierno visitará la casa de cada una de ustedes. Y descuenta que no saldrá de ellas con las manos vacías. (Con leve sorna) Mujeres patriotas del Paraguay: reciban la gratitud de la nación entera.

(Terminada la alocución, Elisa se aparta del primer plano con gesto de cansancio y un pasajero desaliento. De pronto aparece López, desaliñado y con señales de enorme fatiga).

Elisa (Yendo conmovida hacia él).- ¡Francisco! ¡Bendito sea Dios! (Se abrazan).

López.- ¡Ah cuánto tiempo sin ti! Déjame contemplarte. (Lo hace con encantamiento).

Elisa.- Verme privada de ti...

López.- Los padecimientos ahondan tu belleza.

Elisa.- ...pero paso las noches sin poder entregártela! (Se estrechan más, con pasión y carnalidad).

Elisa (Observándole la cara, con ternura).- Algunas señales nuevas... un rasguño aquí...

López.- Un roce apenas.

Elisa.- Jamás me permito pensar en los riesgos que corres. No podría guardar el equilibrio. (Callan un momento) La guerra no va demasiado bien...

López.- ¿Quién lo dice? No es fácil, en todo caso. Son tres naciones contra la nuestra, y alimentadas por el imperio más poderoso de la tierra.

Elisa.- Los ejércitos enemigos han penetrado profundamente en nuestro territorio.

López.- Es parte de mi estrategia: alejarlos de sus bases de suministros. Eso los debilitará y cuando llegue el momento...

Elisa.- Aquí en Asunción empiezan a escasear los alimentos. El bloqueo de la flota brasileña parece dar frutos. No se consigue ni un gramo de sal. Ha habido muertos por el cólera. (Bajando la voz) Ya aparecen señales de descontento...

López.- A la flota brasileña la tengo paralizada. Es gracioso: sembré el río de damajuanas vacías y ellos creen que son minas flotantes. No se atreven a avanzar.

Elisa.- En dos enfrentamientos nuestro ejército ha sido diezmado...

López.- Nuestros soldados son invencibles. Lo verás. A mí mismo me asombra su bravura. Y cuando les llega el momento final, cada uno se transforma en una lección de morir.

(Pausa conmovida)

Elisa.- Debes descansar. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Asunción?

López.- Mañana debo regresar a la fortaleza de Humaitá.

Elisa.- ¿Ni un día más?

López.- Imposible.

Elisa.- Los chicos se sentirán felices al verte. No dejan ni un día de pedir por ti.

López.- Cuánto tiempo hace que no los llevo a pescar al río...

Elisa.- Prepararé una cena como en las grandes ocasiones... con lo poco que vamos teniendo. Y a la noche... (Sonríe, como avergonzada) Dios mío, cuánto tiempo hace que...

López.- Una eternidad. (Se miran con calor) También tendré que encontrarme con mi hermano Benigno.

Elisa.- (Sobresaltándose) ¿Con Benigno?

López.- Tengo una misión delicada que encomendarle.

Elisa.- ¿Una misión?... (Perturbada) ¿Secreta, tal vez?

López.- Sí, secreta. (La observa) ¿Por qué me lo preguntas?

Elisa.- Sabes que lo miro con cierto recelo. Siempre se sintió desplazado por ti y...

López.- (Cortándola) ¿Qué pasa, Elisa?

Elisa.- Nada pasa.

López.- ¡Habla claro!

Elisa (Con esfuerzo).- Son apenas indicios... Nada firme, créeme. Pero podrían indicar que...

López.- ¿...que no me es totalmente adicto?

Elisa.- Que estaría conspirando.

López.- Es inaudito...

Elisa.- ¿Tus servicios de información nada te han dicho?

López.- Sólo vaguedades.

Elisa.- Hay sospechas de él... y del padre Maíz.

López (Dolido).- Mi viejo preceptor... (Se pasea inquieto) ¡Y yo a cien

leguas de aquí! (Mirándola con resolución) Te pido a ti que estés muy atenta. Y si las sospechas se confirman, no vaciles: que intervenga de inmediato la justicia.

Elisa.- ¿Aunque el resultado vaya a ser... el peor?

López.- Eso nada cambia. La ley se ha de aplicar pareja para todos, cercanos o lejanos.

Elisa (Mirándolo con firmeza).- No lo dudes: así se hará.

(Entra precipitadamente la Acompañante).

Acompañante.- Señora, nos reclaman con toda urgencia del hospital. Han llegado nuevos heridos y los médicos no dan abasto.

Elisa.- Dile al doctor que iré al momento.

(Sale la Acompañante. López va hacia Elisa).

López.- ¿Qué haces tú en el hospital?

Elisa.- Ayudo a los cirujanos.

López.- ¿Tú?... ¿Cuándo aprendiste?

Elisa.- Asistiendo a las operaciones. Has de saber que ya me consideran imprescindible.

López.- Pero tú... acostumbrada a... ¡Un hospital no es lugar para ti!

Elisa.- ¿Asistir a tus soldados no es lugar para mí?

López.- Presenciarás escenas terribles...

Elisa.- Terribles. ¿Tú no?

López.- Pero yo soy un guerrero; es mi profesión. Tú, en cambio...

Elisa (Interrumpiéndolo).- ¿Cuándo dejarás de considerarme un adorno de porcelana?... Tus soldados llegan destruidos. ¡Con qué saña inútil los destrozan! ¿Y nosotras, qué? ¿Debemos conformarnos con fabricar hilas para los vendajes? ¿o con rezar por ellos?... Has de saber que, salvo las comodonas de siempre, todas las mujeres estamos ayudando en los hospitales. Pero tampoco nos basta: ya muchas piden armas. Reclaman formar un regimiento. Que las instruyan tus mejores oficiales y que las manden a pelear a la par de ustedes.

López.- ¡Nuestras admirables mujeres!... ¿Y tú estás segura de poder disuadirlas?

Elisa.- ¿Disuadirlas?... No creo que haya poder en el mundo capaz de hacerlo.

López.- Pero tomar las armas, formar regimientos femeninos...

Elisa.- ¿Por qué no? Además... ¡las apoyo con toda mi alma!

López.- ¿Qué estás diciendo?

Elisa.- Y te pido formalmente autorización para que ese regimiento se constituya sin demora. ¡No podemos seguir esperando!

López.- ¡Es una insensatez! Tendré que prohibírtelo porque...

Elisa.- Es demasiado tarde: ya lo autoricé.

López.- ¡Sin mi conocimiento!... (Vacila) ¡Cabeza dura! Ya sé que es inútil pelear contra tu testarudez. La verdad: a veces me asustas, Elisa. Llego a pensar que no te conozco bien. (Reflexionando) Un regimiento femenino... Tendré que destinar a varios de mis mejores oficiales para...

Elisa.- Ya todas las plazas están cubiertas.

López.- ¿Qué dices? ¿Y quién las designó?

Elisa.- Yo, naturalmente. Y tengo muy buen ojo: las oficiales que elegí han resultado de primera!

López.- ¿"Las" oficiales? ¿Mujeres, quieres decir?

Elisa.- Por cierto. ¿No nos crees capaces?

López.- Me parece que me voy a volver loco... Al menos les mandaré un coronel que se ponga a la cabeza.

Elisa.- Las mujeres no lo aceptarán. Y además... también tenemos coronel.

López.- ¿Que ya tienen...? ¿No será una mujer, me imagino?

(Sin decir palabra, Elisa se dirige hasta una silla próxima y recoge una chaqueta militar. Comienza a ponérsela ante la mirada atónita de López. Cuando ha terminado, se cuadra ante él).

Elisa.- Señor Mariscal Presidente: la coronela Elisa Lynch le presenta sus saludos en nombre del Regimiento Femenino Nro.1 del Ejército del Paraguay. (Sin transición, adopta un aire deliberado de coquetería femenina) No me mientas, Francisco: ¿te parece que tengo porte militar...? (Vuelve a cuadrarse muy formalmente) Mariscal López: espero sus órdenes para mi Regimiento.

(López no sabe si enfurecerse o abrazarla. Termina optando por esto último).

(Se marca una nueva transición. López ha salido. Se ve a Elisa apenada).

Elisa.- Otra vez sola... Se ha marchado a la pelea. De nuevo el calvario de temer a cada minuto lo peor. (Se concentra en rezar)... Señor: no me has quitado el temor, pero me has concedido una dureza que no me conocía. He visto muertes espantosas y he logrado no odiarte. Pero protégame del odio a mí misma. No me dejes dudar de la justicia de mis actos ni de la pureza de mis propósitos. Amén.

(Se persigna con unción. Luego se dispone a abrir un sobre que tenía en la mano).

Elisa.- Un mensaje urgente del señor Cura... (Rasga el sobre y lee. Se enfurece.) ¡Los traidores! Ya no quedan dudas. Por más hermano que sea, por más preceptor de la infancia, ¿qué otro destino merecen? Paraguay en peligro no admite blanduras... (Hablando hacia lo alto) ¡Dios: tú eres testigo!

Final de la Secuencia 5.

SECUENCIA 6

(En escena están solos López y el Cura; éste con ropas de Obispo. Puede escucharse un fondo de cañoneo lejano).

Cura.- La situación se ha vuelto insostenible, Mariscal.

López.- ¿Insostenible? ¿Qué quiere decir esta palabra, señor Obispo?

Cura.- Debimos retirarnos de Asunción; nos quedan unas pocas divisiones, todas en retirada. Los brasileños renuevan por millares sus soldados y nos acometen con tropas siempre frescas. Estamos llegando al límite, Mariscal.

López.- Conoce mal a nuestra gente, señor Obispo. Usted lo ha visto: nadie está a salvo. Ni los ancianos, ni las mujeres, ni siquiera los niños: todos caen bajo una saña inútil y asesina; pero ninguno se permite una sola claudicación. ¡Nadie! Cuando mi ejército quedó reducido a un puñado de guerreros, ni uno sólo habló de rendirse. Hice un llamado a los que quisieran venir a reunírseme ¡y pronto tuve diez mil hombres, llegados desde todo el país!

Cura.- No diez mil soldados, Mariscal. Eran convalescientes, mutilados, ancianos, muchachitos...

López.- Pero con ellos organicé una guerra de guerrillas que no le da respiro al enemigo.

Cura.- ...pero que jamás podrá infligirle la derrota final. Créame, Mariscal: ¡no podemos llevar a un pueblo entero a su aniquilación!

López.- ¿Qué me está sugiriendo, señor Obispo? ¡Le exijo que hable claro!

Cura.- Sé que mis palabras van a herirlo en lo más vivo; pero están dictadas por razones patrióticas, y sobre todo humanitarias: tenemos que aceptar la realidad.

López.- La única realidad es resistir con los dientes apretados. No conozco otra.

Cura.- No es desdoloroso pensar en tratativas cuando son honrosas. Tiene que haber fórmulas de avenencia.

López.- ¿Por sobre la postración del Paraguay? ¡Jamás! Sépalo, señor Enclenque: ¡Paraguay no se rinde! (Lo mira con severidad extrema) Y en cuanto a usted, me parece oportuno recordarle, antes de que se aparte de mi vista, que la dignidad religiosa que hoy ostenta no le fue conferida ni por su Iglesia ni por los enemigos de la patria. ¡Puede retirarse!

(Se retira, atribulado, el Cura. López queda sombrío. Poco después aparece Elisa. Viste uniforme militar. Se la ve fatigada, sucia y con manchas de sangre en la ropa. López queda impresionado al verla).

López.- ¡Elisa! (Va presuroso hacia ella) Elisa mía, ¿te encuentras bien? ¡Estás herida! Esas manchas de sangre...

Elisa.- Sangre enemiga. Mezcla de brasileña y uruguaya.

López.- ¿Qué ocurrió? ¿Cómo ha sido?

Elisa.- Debo informarle, señor Mariscal López, que esta madrugada el Regimiento Femenino Nro.1 recuperó la ciudad de Valleta.

López.- Conocía el hecho; pero no que hubieran intervenido mujeres en la batalla.

Elisa.- Manos de mujer volvieron a izar nuestra bandera en Valleta.

López.- Admirable. Me conmueve, en verdad. Pero tú... ¿participaste en la acción?

Elisa.- ¿Podía no hacerlo? Era el Regimiento a mi mando.

López.- ¡Es insensato! ¿Y si te hubieran muerto?

Elisa.- ¿Y cuando tú combates, no pueden matarte?

López.- Es diferente. Nosotros los soldados...

Elisa.- ...y nosotras, las soldadas... ¿La muerte masculina es diferente a la femenina?

López.- ¿Cuántos hombres perdieron en la acción?

Elisa.- Hombres ninguno. ¡Si éramos todas mujeres! Cayeron treinta y cuatro; el doble de heridas; y varias prisioneras.

López.- Elisa, esto no puede volver a ocurrir nunca más. Es insensato, es estúpido exponerse así... No, no, perdóname: es admirable. Me siento orgullosísimo de ti... de ustedes... ¡Pero me muero de miedo! Dejame que te abrace. (Se abrazan emocionados)

Elisa.- Conocí el miedo, Francisco. Un miedo que no puedo describir. ¿Debo sentir vergüenza de mí?

López.- Todos sentimos miedo. Lo importante es que no nos paralice. Tienes que estar orgullosa de ti.

Elisa.- ¿Pero sabes una cosa?: sentí alegría también, una alegría desbordante! Y viendo morir a algún enemigo, me pareció que... ¿A qué estoy llegando, Francisco?

López.- Es el vértigo del combate. Así tiene que ser, Elisa.

Elisa.- (Bajando la voz) De pronto creí ver que las mujeres, peleando, somos mucho más feroces que los hombres. Nos volvemos bestias rabiosas. Yo vi a soldados enemigos fogueados, huír despavoridos cuando una de las nuestras los atacaban fuera de sí... No me creerás, pero al atacar ¡hasta rugen!

(López le toma las manos con inmenso afecto)

López.- Pensar que cuando la guerra empezó a andar mal, muchos me previnieron que tú te apresurarías a marcharte... ¡Qué mal te conocían! Hace cuatro años de esta guerra horrible, ¡y tú no te has movido!... (Pausa conmovida)

Elisa.- Sin embargo... más de una vez pensé en volver a Francia. ¿Qué diablos hago en medio de este infierno? ¿Por qué no sacar a mis hijos de este Paraguay destrozado?... Yo no sé si mi amor a ti lo explica todo. Hay otra cosa que me ata aquí, y no lo entiendo: el color, los paisajes, los olores del aire, ¿quién sabe?... (Lo mira a fondo) Aquí estoy; aquí estaré.

(Transición de tiempo. López se ha ensombrecido)

López.- (A Elisa) Debo hablarles. Son mi escolta selecta. Aunque tal vez ya no puedan entender lo que les diga.

(Se adelanta hacia primer plano, en actitud de quien va a dirigir una alocución a la platea. Elisa seguirá sus palabras con enormes tensión y angustia, casi con desgarramiento).

López.- Señores oficiales: quizás sea ésta la última vez que les dirijo la palabra. La situación es crítica. Estamos cercados por el enemigo. Lucharemos hasta el último hombre. He confiado en los paraguayos y muchos me han traicionado. No toleraré más ninguna defección. Ya no confío en nadie. Ni siquiera en ustedes. Si entre ustedes hay alguno dispuesto a traicionarme, ¡que tiemble su familia! Si alguno flaquea, no espere misericordia. El Paraguay saldrá triunfante, o moriré con él. El Paraguay está solo. También está solo el Mariscal López. ¡Yo solo! Quiero que sepan que, de ahora en adelante, éste sera mi grito de batalla: ¡yo solo! Que Dios nos ayude y salve al Paraguay.

(Da por terminada su alocución. Vuelve junto a Elisa. Se derrumba en un sillón, abatido. Elisa va hasta él y lo acaricia con ternura. Silencio acongojado).

López (Con dolor).- Me acusan de obligar a los paraguayos a morir, valiéndome del terror. Sin embargo comparto con mis soldados los fogones, voy junto a ellos en las marchas, sin escolta, sin custodia. Estoy siempre al alcance de cualquier extraviado. ¡Qué fácil les sería librarse de mí!... Pero sólo recibo afecto y adhesión. El soldado paraguayo no va a la muerte obligado: muere por su patria y por mí.

(Pausa apesadumbrada. Elisa va junto a López con tristeza).

Elisa.- A mí también me calumnian. Pretenden que arranco confesiones mediante terribles torturas. ¡Yo misma, con mis propias manos!... ¿Sabes quién lo anda diciendo? Te sorprenderá: "nuestro" obispo, el curita que sacamos del barro.

López.- ¡Qué va a extrañarme! Quien ha vivido tanto tiempo en la peor abyección...

Elisa.- Todos los informes coinciden: está buscando tratos con el enemigo.

López.- Quien fue un cínico, un farsante, ¿por qué no iba a ser, además, un traidor? Tendrá el castigo que la traición merece.

Elisa.- Tenías razón tú: nuestro grito de guerra será "¡Nosotros solos!"

(Se abrazan con dolor).

(Transición de tiempo. Ahora López parece más distendido).

López.- Hoy te traigo al menos una buena noticia: el general argentino Mitre me pide una entrevista. Me lo figuraba: el ejército argentino no puede continuar la guerra. Mis previsiones se cumplieron al fin. Conseguiremos una paz decorosa. Pronto la pesadilla habrá concluido.

Elisa.- (En susurro) Bendito sea Dios...

(Entra un muchachito de 14 o 15 años. Viste ropa militar en andrajos. Se cuadra frente a López).

Muchachito.- Señor Mariscal López: me han encargado entregarle unos prisioneros de la mayor importancia. Los envía el coronel Díaz y éste es su mensaje. (Le entrega un sobre).

(López y Elisa observan con asombro al Muchachito).

López.- ¿Desde dónde vienes, niño?

Muchachito.- Desde San Lorenzo, señor.

López.- Un largo viaje... ¿Cuántos días?

Muchachito.- Tres, señor.

López.- ¿Debieron librar algún combate?

Muchachito.- Dos veces nos interceptaron, señor. Primero una partida brasileña; después una argentina. Pero preservamos a nuestros prisioneros, señor.

López.- ¿Cuál fue el precio?

Muchachito.- Cuatro compañeros muertos, tres prisioneros.

López.- ¿Quién comandaba el grupo?

Muchachito.- El capitán Benítez. Lo mataron en el primer encuentro.

López.- ¿Tú quedaste al frente?

Muchachito.- Sí, señor. Por ser el más... viejo.

López.- ¿Qué edad tienes?

Muchachito.- Cumplí catorce durante esta misión.

López.- ¿Y esa herida?

Muchachito.- Me rasguñé al pasar cerca de un argentino...

López.- (A Elisa) Que lo curen enseguida. (Al Muchachito) ¿Y esas otras marcas en la cara?

Muchachito.- Son pegotes, señor. Nos ponemos barba para que el enemigo no nos descubra la edad.

López.- ¿Dónde están los prisioneros?

Muchachito.- Los dejé descansando a la sombra de unos árboles.

López.- ¿Quién los custodia?

Muchachito.- Tres soldados barbudos... de nueve y diez años, señor. Pero armados a guerra.

López.- Tú y tus compañeros serán condecorados.

Muchachito.- Yo acabo de serlo, señor: jamás me imaginé que alguna vez estaría frente a ustedes.

López.- Gracias. Ahora ve a que te curen. (Antes de que salga). Queremos decirte cuánto te admiramos.

(Sale el Muchachito. Elisa se queda mirándolo).

Elisa.- La misma edad que nuestro Pancho... Niños menores que éste llegan todos los días al hospital. Algunos con el cuerpo destrozado. Cuando sienten llegar la muerte, se dan vuelta contra la pared y se van sin decir palabra...

(Larga pausa conmovida. López abre la carta que le entregó el Muchachito, y la lee. Se la pasa a Elisa).

López.- ¡Vaya si eran importantes los prisioneros!

Elisa.- (Lee y queda demudada) Tu hermano Venancio... tus hermanas y... y tu madre. ¡Conspirando para derrocarte!

López.- Ya no me queda nadie... salvo tú. (Pausa desolada)

Elisa.- Tal vez le hemos exigido demasiado al ser humano...

López.- ¿Será que ya no somos más humanos?... Me lo he preguntado más de una vez. (Largo silencio apesadumbrado)

Elisa.- ¿Qué harás con tu madre y tus hermanos?

López.- Darles el tratamiento que se aplica en estos casos.

Elisa.- No creo que la severidad extrema sea lo más aconsejable. ¿Estás pensando en la pena de muerte?

López.- La norma es una. ¿Qué puedo hacer yo?

Elisa.- La rigidez en este caso alimentaría las calumnias sobre tu carácter. Es tu madre, Francisco.

López.- De hacer excepciones, quedaría como un falsario entre los vivos y como un traidor entre los muertos. (Largo silencio. Habla conmovido) Una vez... yo tendría seis años... mamá subía las escalinatas del jardín, trayendo en la mano una inmensa rosa té. Cuando pasó a mi lado, se la pedí. Ella se inclinó sobre mí y me prendió la flor en la camisa... Ahora mismo estoy viendo su sonrisa, sintiendo la suavidad de su mejilla al colocarme la rosa...

(Silencio conmovido)

Elisa.- No podemos exigirnos por encima de lo que somos.

López.- Traicionaron al Paraguay: es todo lo que veo.

Elisa.- El destierro y la confiscación serían penas bastantes.

López (Impacientándose).- ¡No hay fuerza humana ni divina que pueda apartarme de mi deber!

(Transición de tiempo. López parece abatido).

López.- Me equivoqué, Elisa. Vengo de la entrevista con el general Mitre. No era que quisiera rendirse. Me propone una derrota honrosa: irme a Europa con todos los honores y todos nuestros bienes. Un exilio dorado en... en nuestro París. (Pausa. Bajando la voz) De lo contrario, me hace exclusivo responsable de la masacre completa de mi pueblo... pues me anunció que los brasileños envían diez mil hombres más, frescos y armados hasta los dientes...

(Cae un pesado silencio).

Elisa.- ¿Y tú?... ¿No creíste llegado el momento de terminar con este horror?

López.- (En voz muy baja) ¿Cuántos paraguayos han muerto en esta guerra? ¿cuántos quedaron mutilados? ¿cuántos se arruinaron para siempre? Yo no puedo traicionarlos ahora.

Elisa.- ¿Qué le contestaste a Mitre?

López.- ¡Que aquí se peleará hasta el último de los paraguayos!

Elisa.- Ese último serás tú, bien lo sé. Y yo contigo.

(Quedan sumidos en un hondo silencio. López observa largamente a Elisa).

López.- (Con dramatismo) Elisa querida, ¿qué me ha movido en todo lo que he hecho? Yo mismo no lo sé. ¿Amor al Paraguay? ¿ambición de poder?

¿el vértigo de la muerte? ¿la embriaguez del riesgo?... Hay máscaras, disfraces, en todo lo que hacemos. ¿Cómo leernos hasta el fondo?... Es triste no saberlo nunca.

Elisa.- Yo misma: te amo con todo mi ser, pero también amo a este Paraguay en añicos, amo a Elisa Lynch hasta la desmesura, amo las locuras de este mundo, amo a Dios, amo al dinero, amo la venganza, amo los placeres, amo el mando absoluto, amo la muerte... Pero todo eso, cuando actuamos, se calcina junto dentro de uno, y ya no podemos discernir cuál de esas fuerzas es la que nos gobierna...

López.- (Con angustia) Todo ha sido excesivo para lo poco que el hombre es. No sé si yo mismo me absuelvo... pero no cambiaría ni una letra de todo lo que hice.

(Se miran con enorme desamparo).

Elisa (Con dulzura) Yo no sabía que el amor podía ir haciéndose denso. El nuestro se fue recubriendo de capas, y más capas, y más capas... Aquellos días que pasamos fuera de París tenían una bellísima ligereza. Después, las cosas que nos ocurrieron nos fueron recubriendo de un manto parecido al terciopelo... que los hechos fueron espesando, y que nos hicieron vivir con una fuerza loca... Sólo le pido a Dios que mañana... o cuando él lo disponga... esa capa nos envuelva a los dos en el último momento...

(Quedan contemplándose a los ojos con hondísima emoción).

(Final de la Secuencia 6.

SECUENCIA 7.

(Estrépito de campanas de alarma, voces de mando, carros que ruedan, gritos destemplados. López se prepara a salir precipitadamente, ante la desazón de Elisa).

López.- Quedarse en Cerro Corá es insensato. Los brasileños están encima. Esta posición no puede sostenerse más.

Elisa.- Iré contigo.

López.- Ni pensarlo. La lucha va a ser feroz.

Elisa.- ¿No he dado muestras de ser un guerrero? Te quedan doscientos hombres.

López.- Resistiré con ellos. Tú tienes una misión más importante que cumplir.

Elisa.- ¿Cuál más importante que resistir?

López.- Salvar a nuestros hijos. En especial a Pancho: sólo él podrá recuperar al Paraguay y continuarnos... si nosotros no estamos.

Elisa.- (Con dolor, como para sí) Nunca te había oído admitir nuestra derrota, o nuestra muerte...

López.- Un baqueano del lugar te guiará por los pocos pasos que quedan para escapar. Y que Dios te proteja, Elisa.

Elisa.- No he dejado de rogarle por nosotros.

(Se despiden sobriamente, con enorme emoción. Con esfuerzo, López se desprende de los brazos de ella y parte con rapidez. Elisa queda destrozada)

Elisa (En susurro) No te veré más... Sé que no te veré más...

(Entra la Acompañante en ropa de viaje. La acompaña Pancho, que viene embozado).

Acompañante.- El carro espera, señora. Tenemos que volar. Si los brasileños encuentran a Pancho, no lo dejarán con vida. Han jurado extinguir la estirpe de los López. ¡Vamos ya!

(Coloca sobre Elisa una amplia capa negra y trata de llevársela)

Elisa.- Vayan ustedes. Yo iré enseguida. (Bajando la voz) Preocúpense de que la tal... Juanita Pessoa, salga en el carro con nosotros.

Pancho.- Sé que te irás junto a papá. También yo. He luchado a su lado. Me he ganado el grado militar que se me dio. No puedo abandonarlo ahora.

Elisa.- Tú tienes que recuperar el Paraguay que nos arrebataron. Nunca lo olvides: ésa es tu misión.

(Se abrazan fuertemente. Elisa da una orden muda a la Acompañante para que partan. Salen la Acompañante y Pancho. Suben los gritos y ruidos de combate. Elisa, demudada, avanza hacia primer plano. Queda con la vista fija en el vacío, como alucinada. De pronto lanza un grito de horror y cae abatida. Desde un costado entra López, malherido. Debe advertirse que se halla en un plano de realidad diferente al de Elisa. Apenas puede mantenerse en pie).

López.- (Cayendo) ¡Paraguay no se rinde!

(Rueda exánime. Desde el costado contrario, aparece Pancho ensangrentado y sin fuerzas)

Pancho.- ¡Un López no se entrega! ¡Vivirá Paraguay!

(Cae muerto. Pasa un largo momento. Elisa levanta la cabeza lentamente. Está arrasada en lágrimas. Tiene un gesto de extravío)

Elisa.- Elisa... Elisa... ¿qué acaba de ocurrirte? ¿Por qué Dios te fue a buscar tan lejos para traerte de la mano hasta este horror...? (Se levanta trabajosamente) Francisco mío... Pancho, hijo, ¿dónde están ahora? (Arma con esfuerzo un gesto de resolución) Yo misma, con estas manos, debo enterrar a mis dos cuerpos.

(Camina lentamente hasta el fondo de la escena, donde recoge dos grandes lienzos negros. Va primero hasta el hijo y lo cubre con inmensa ternura).

Elisa.- Todo ha terminado.

(Se dirige hacia López y lo cubre también).

Elisa.- Amor mío... Ya nada queda.

(Llora desolada. De pronto, como si hubiera advertido algo, se yergue con un gesto de enorme dignidad. Aparece un Oficial y se cuadra ante ella).

Oficial.- Señora Lynch: se me ordena comunicarle que debe abandonar de inmediato el territorio paraguayo. Sus bienes han sido confiscados. Tiene 12 horas de plazo para reunirse con sus hijos y disponer de sus pertenencias personales. Una cañonera la estará aguardando en el puerto.

Elisa (Con sobria altivez) No agradezco que me hayan librado de la muerte. Sí que me eviten quedarme en un Paraguay usurpado por sus asesinos. A más tardar, dentro de una hora estaré a bordo.

(Se retira el Oficial. Largo momento inmóvil).

Elisa.- Aquí deben quedar mis dos cuerpos. Pero estarán conmigo... hasta el último de mis días...

(Se marcará una transición. Elisa, lentamente, comienza a quitarse la capa. Entra la Acompañante vestida de entrecasa. Le aproxima un sillón con gesto afectuoso)

Acompañante.- Tanto tiempo refugiadas en Londres, en Boulogne... ¿para qué, si al final volveríamos a nuestro París?

Elisa.- Pero ya no sé vivir aquí... No conozco a este París, ni él me conoce.

Acompañante.- Aquellos días dorados de Napoleón III... Todo se ha disipado, sí.

Elisa.- La pobreza no es clemente... ¡Que me tenga que mantener mi hijo! El bueno, el generoso Federico...

Acompañante.- Los tiempos cambiarán: cuando usted recupere los bienes que eran suyos.

Elisa.- Hace tres años que peleo por mis bienes desde Europa, ¿y qué conseguí?

Acompañante.- ¡Vaya a pelearlos al Paraguay mismo!

Elisa.- ¿Al Paraguay?... Pobre Paraguay nuestro! Se lo repartieron en pedazos Argentina y Brasil. A nuestros niños se los llevaron a trabajar como esclavos al Brasil. Casi no quedaron paraguayos varones. ¡Todo fue arrasado!

Acompañante.- Pero el nuevo Presidente le ha escrito. Dice ser amigo suyo.

Elisa.- Los odios no se han aplacado. Mis viejas enemigas no me olvidan, no! Hasta me acusan de haberme quedado con las alhajas de las

grandes familias!...

Acompañante.- ¡Qué enorme mentira! No viviría como vive, por cierto: escondida entre cuatro paredes... Pero sus derechos son sus derechos: ¡pelee por ellos!

Elisa (Pensativa).- El Presidente me asegura que si me decido a regresar, no correría riesgo alguno... Poder estar de nuevo junto a mis dos cuerpos... (Queda ensimismada)

(Transición de tiempo. Elisa se pone de pie. La Acompañante la envuelve con un tapado y la ayuda a ponerse un sombrero. De pronto, la expresión de Elisa se endurece).

Elisa.- ¡El Presidente! ¡Exijo ver al señor Presidente!

(Entra un Edecán).

Edecán.- Lo lamento, señora Lynch. El señor Presidente no se encuentra en Asunción.

Elisa.- ¿Qué dice usted? Me aseguró que vendría a recibirme.

Edecán.- Ha debido dejar la capital por tres días.

Elisa.- Es extraño... Bien: lo esperaré en casa de unos amigos.

Edecán.- Lo lamento, señora Lynch. Pero hay una orden de que debe volver a embarcarse.

Elisa.- ¿Qué está diciendo?... ¡Tiene que haber un burdo error! Ilustres paraguayos han venido a recibirme. La gente me reconoce por las calles y me demuestra su afecto. ¡No se me puede expulsar como una delincuente!

Edecán.- La orden es terminante, señora.

Elisa.- Sólo he venido a que los tribunales paraguayos me juzguen. Demostraré la falsedad de las calumnias, levantaré todos los cargos, uno por uno!

Edecán.- Yo no puedo hacer otra cosa que acompañarla hasta el barco.

Elisa.- (Mirándolo largamente) Comprendo... El Presidente me ha traicionado. Ni siquiera ha sido capaz de dar la cara.

Acompañante.- Sus antiguas enemigas, señora. ¡Ellas exigieron su expulsión! Aquí mandan las grandes familias.

Elisa.- Mi pobre Paraguay... (Al Edecán) Al menos denme tiempo para permanecer un momento junto a mis dos muertos.

(El Edecán se aparta respetuosamente. Elisa recoge dos flores blancas y las deposita sobre cada uno de los cuerpos).

Elisa.- Ahora sí les digo adiós... Pero aquí me quedo, aunque vuelva a París. Es mi única razón de vivir.

(Transición. Quedan las dos mujeres solas y dolidas. Elisa se despoja lentamente de su tapado y sombrero. Se la ve desalentada).

Elisa.- Ahora sí, todo ha terminado. Concluiré mis días en este París que ya no tiene nada que decirme. Dios lo ha dispuesto así.

Acompañante.- Juntas sabremos sobrellevarlo.

Elisa.- ¡Tantas cosas para recordar!... Mejor cierra las cortinas: la luz ya no trae alegría.

(La Acompañante lo hace con lentitud. Se oscurece el escenario).

Acompañante.- Así estará mejor.

(De pronto Elisa hace un gesto de dolor. Se toma el vientre con las manos. La Acompañante va alarmada hacia ella y la ayuda a sentarse en un sillón).

Acompañante.- Corro a llamar al médico.

Elisa.- ¡Tonta! De nada vale. Ya sé todo lo que viene ahora. El Señor ha sido clemente.

Acompañante.- ¿Qué está diciendo? Vuelvo al momento.

(Sale rápidamente. Elisa queda en actitud meditativa).

Elisa.- Gracias, Dios mío, porque vas a evitarme la ancianidad y la larga memoria...

(Se incorpora algo en el asiento. Observa la habitación como si la abrumara).

Elisa.- Este lugar que no es mío...

(Se pone de pie con dificultad. Da unos pasos indecisos. Recoge una caja forrada que hay sobre una cómoda. Va con ella hacia primer plano. La abre con infinito cuidado y emoción. Extrae un espléndido collar y lo contempla con ternura).

Elisa (En susurro).- Regalo tuyo, cuando nació Pancho... Igual que yo, va a desaparecer ahora. Terminará también malbaratado, ensuciado, en manos de algún usurero...

(Vuelve a depositar el collar en la caja. Con deslumbramiento, saca de su interior la magnolia de género que usara al comienzo. La pone en alto y la observa largamente. De pronto, su expresión se torna angustiada, desgarrada.)

Elisa.- (Con un extraño quejido) ¿Quién soy?... ¿Qué fue todo?... ¿Qué me pasó...?
